C.A. Marin
96

LA MUCHACHA DE LOS OJOS REDONDOS Y LOS CABELLOS LARGOS

- Versión de una tradición panameña -

Le cuento que yo fui el mismo diablo para las mujeres. Sin embargo, era hombre legal y casi caballero en el amor. ¡ Oiga ! ... y en donde sonaba un cuero, una caja, un tambor, o las teclas del acordeón, con su añadidura de maracas y de guácharas... allí estaba su servidor, hecho un trompo.

En la región era afamadísimo por mi arte en el baile del tamborito. Me brotaban de los poros y de los talones todos los negros de la familia: el negro Salomé, el negro Ciprián, el negro Curimbó... Y cuando se me iba el aguardiente a la cabeza, nadie podía con mis toques en el repicador, o mis contrapuntos en el tambor pujador, y al día siguiente, las manos no me servían para nada, pero por doquier corrían los comentarios de mis destrezas en el sonateo de los tambores, y la verdad era que me encantaba vivir de la fama.

Mire, y si se trataba de bailar un punto, bajo el charrasqueo de la guitarrita socavonera, me iba yo en tales escobilleos; pero no esas ridículas imitaciones de los jarabes tapatíos, que trajeron acá las películas mexicanas, sino: uno, dos, tres, pasos suavemente escobillados casi a flor de tierra... ¡ Ay mama! Eso me lo aprendí de mi abuelo, que era la tapa del coco en el bailar. Y así..¿para qué le cuento?... no había muchacha que pudiera resistir mis galanteos y acometidas. Yo pienso que me confundía en el bailar, con el son del pueblo. Bueno, y no se diga de mi inspiración en una cumbia

zapateada o amanojada; ésta, cachete con cachete, con hembras que producían un temblor de tierra con sus caderas, y olían a flor de cigua y a mismamente mujer, tal cual. ¡Jo!... yo si era el demontre para estos holgorios y el amor.

Y no me pregunte usted qué clase de mujeres me atraían. Me gustaban las negras, las trigueñas; que si altas o chicas; que si de ojos negros o chocolates; un tanto delgadas, pero también gorditas; las lugareñas o las forasteras... y hasta las ricas, aunque yo era pobre, y sólo tenía la alegría y el amor... barbaridad de amor... eso sí.

Oiga, y no es que me alabe yo... como también ejercía de cantor de décimas y poeta, donde solía poner el ojo, allí pegaba el verso... la espinela que se dice, y caía rendida la mujer, muertísima de amor. Pero bueno, después venían los desamores, las cabangas, las dolencias, los adioses y los olvidos...

"¿ Me quisiste?... yo te quise.
¿ Me olvidaste?... te olvidé.
Los dos tuvimos la culpa;
tú primero, yo después..."

Y no crean, pleitos sucedieron y peleas a cuchillas que blandíamos en las bolinas nocturnas de las fiestas; disparos de escopetas, perros bravos y días de cárceles me echaron por esas calenturas y el menester de los bailes y de las dichas mujeres.

Para aquellos tiempos, señor, yo creía que así tenía que ser la vida, y además, pensaba que nadie me podía enredar, o engañar, ni muchos menos pasarme lo que me pasó.

Y ocurrió. Usted, mi amigo, no me creerá, pero una vez me fui yo en mi caballo, potro bayo, de crin dorada, nada menos que a un baile amarrado. Amarrado le decían, porque era la costumbre... ¡lindos tiempos aquellos!... en que las damas, para asegurar la presencia de los buenos bailadores, visitaban a los muchachos y les entregaban alguna prenda valiosa, como decir, una sortija de oro.

Entonces como yo era tan caballero y afamado, por todos los lugares me buscaban y además, debido al gusto que yo le daba al toque de tambores y al hecho, de que era poeta y cantador. Y así, por los caseríos me pedían; las mujeres por los asuntos de mujeres, y los hombres, para que alegrara, con mis versos, la fiesta. La cuestión del baile amarrado consistía en el deber, de parte del joven distinguido, de devolver, en persona, la prenda, la noche de los festejos, a las manos de la misma muchacha que la ofreció. ¡ Qué belleza !...

Aquella vez iba yo, jinete, en pasitrote, una tarde celestísima de agosto. Detrás de mí, ya casi me arropaban los pañolones lilas de la noche. Adelante, casi en la ribera del horizonte parpadeaba un lucerote azulito, sobre el humo de algunas casas metidas entre cerros y pretiles. Ya, en las uñas del viento uno oía el rumor de los tambores. De pronto, en una curva del camino... ¿ qué cree usted que vi?... una muchacha, hermosamente ataviada, caminaba a pie. Los reflejos del sol me cegaban y no podía verla del todo; nada más una llamarada de mujer. Al acercarme frené al bayo y saludé a la mujer: - "Buenas tardes, niña -"

Y me contestó: - "Buenas tardes tenga usted, joven"... Era la cosa más linda; una mata de pelo negrísimo le bajaba hasta cubrirle más abajo de las caderas y lo más restallante eran los ojos redondos y negros como los ojos de mi caballo bayo. - "esto es conmigo -" me dije y fui al ataque directo, como una sierpe:- "¿Va solita para el baile, mijita linda? "- le pregunté. Levantó tamañamente sus dos ojos redondos y sonriendo respondió: - "Bueno, sí, voy solita, porque vivo cerca. ¿Vio aquella casa blanca de tejas, en la loma? "- El corazón me palpitó en el pecho como el corcoveo de un caballo. En la tarde nada más se escuchaba el suspirar de la muchacha y mis suspiros. Ella siguió el camino con sus pies desnudos, yo azucé tímidamente al animal, detrás de su espíritu, lleno de cabellos y ojos negros. Allá, se oían los tambores. Entonces la abordé de

nuevo:- " Si no fuera faltarle el respeto, yo le diría que me gustaría acompañarla"-- "Bueno- contestó la muchacha de los ojos redondos - sería para mi un honor, ya que parece muy caballero"-

Y eso fue como tocarle las tetitas de la ubre del cielo.

No la invité a subir a la silla, porque ya se veía el claror de los mechones de la fiesta y seguimos el trecho despacito, conociéndonos; ella adelante, yo detrás; preguntándonos cosas intrascendentes de la vida y añadiendo cuetiones propias de los enamoramientos... como decir, que la nochecita estaba fresca. -" Sí - dijo ella y preguntó: -"¿Cree usted que lloverá esta noche?". "no"- le contesté.

En eso desembocamos, de pronto, en un llano circular, alrededor del cual estaban los ranchos del caserío, y en medio, la enramada del baile.

Amarré el caballo en un árbol de tamarindo; le mandé a echar caña picada y corrí ligerito al baile, antes de que otro me fuera a robar la conquista del camino. Le obsequié, como era la costumbre, algo de comer y de beber; después salimos a bailar. Amanojarla yo, agarrarla y apretarme ella, eso fue como un entendimiento fatal de miles de años. Y así seguimos, entre pieza y pieza, lidiando a los hombres que se batían por arrancármela de los brazos, para pedirme "pichón", y yo, a no dárselo, ni de a vainas, huyendo entre los danzantes, por la parte más oscura.

Y ese acordeón, que a veces echaba unas tonadas que me aturdían de amor:

"Morena me están matando
los sentimientos del alma"...

Unos amigos me llamaron para que tocara el pujador, en una levada de tamborito y me negué: - "Señores - les dije - hoy no he venido a tocar, sino a tocar"- respondí, y ellos se echaron a reir.

Al término de una de las piezas nos apartamos del jolgorio; fuimos juntos, a mirar el caballo y detrás del tamarindo me le metí entre la espesa cabellera y casi le como los dos ojos redondos. Se me desgajó con fuerza y me replicó: - "Por favor, ¡ no me bese!"- - "¿Por qué ? ¿Es que no me quieres?"-- "¿Y para qué lo voy a querer?" - respondió mientras me paralizaba con el mirar de los enormes ojos. Volvimos al baile, pero en eso se detuvo, afinó el oído y exclamó: "¡ Ay !... Nos vamos-" - "¿ Por qué ?- pregunté.- "Los gallos... acaban de cantar los gallos y son las tres de la madrugada... tengo que regresar"..

A mi se me enfrió la vida, pero no fui capaz de pedirle una pieza más, con la fama de caballero que me dio. Desamarré el potro; apreté la cincha y le dije: - "Yo deseo llevarla en el caballo. ¿ Le parece bien? Y ella respondió:- "Sí... entiendo que así debe ser"-

Montamos, ella en la silla, yo en el anca y echamos a andar, de vuelta, en un sobrepaso suavecito y pronto nos perdimos por la curva del camino espolvoreado de estrellas. Atrás quedaba el eco del acordeón quejumbroso y el tun tun de la caja. - "Como le dije, yo vivo un poco más allá de la quebrada. ¿ Se acuerda de la loma, de la casita blanca de teja?" - No le respondí, pero pensé: - "Es mía"- Jalé las riendas del animal y le estreché los hombros a la muchacha... -"Es mía"...- Y como un ladrón metí la boca entre la abundante mata de su cabellera cálida y la besé en la nuca- "¡ Oiga !- exclamó pero con cierta dulzura- "no me falte el respeto"- Seguimos, sobre el caballo, paso a paso, y ella para quitarse el susto dijo:- "¿ Es verdad que usted es poeta?"- Le contesté:- "Eso dicen"- Y agregó:- "Entonces, por qué no me hace un verso?"- Y lo dijo con cierta picardía. Y yo de repente le contesté:

"Mañana vengo a buscarte,
recuerda bien mi caballo,
y cuando canten los gallos
de mí no podrás soltarte"...

Pero en eso... ¡ maldita sea !... empezó a menudear una llovizna. Ella comentó:-"Usted me dijo que no iba a llover"- Yo solté de los tientos de la silla mi capote, se lo dí y ella se cubrió, como la Virgen María. La lluvia de menuda pasó a gruesa.- "Dígame, le pregunté ¿quiere que vuelva a verla? "-- "No sé- respondió- ¿para qué quiere volverme a ver?"- - "Porque la quiero y deseo pedirle la mano a su papá-" -Pasa de que yo no tengo papá- respondió con pena- y agregó: - vivo con mi mamá, pero ella es muy celosa"-

Arreció la lluvia. En eso nos acercamos a la mentada loma. Ella dijo:- "Mire joven, aquí me quedo, por favor"- "No, mi amor - le contesté- yo tengo mucho gusto en dejarla allá, al frente de su casa"- "No, le ruego caballero, que no haga eso; mire, mejor usted viene el otro sábado. Yo me bajo aquí, déjeme ir sola, yo sé lo que le estoy diciendo."

Ella haló la rienda, detuvo el caballo y expresó con dulzura:- "Aquí se queda su amiga del baile; usted ha sido muy decente conmigo"- Se echó con destreza al suelo, me dio su manita; yo le apreté los dedos y ella puso sobre mi mano su boca mojada y caliente, como un fogoncito; besó y me devolvió el capote.- "No, cúbrete con él"- Entonces corrió hacia la casa blanca de tejas, sobre la lomita, bajo la lluvia y gritó, al pasar las trancas:- ¡"Venga el próximo sábado a buscar su capote!"

-"¡ Jo !... se me fue la pájara de las manos." Era la primera vez en mi vida, y por eso estuve una semana como un tonto. ¡ Oiga!.... esto no me había pasado jamás en la vida... y aquí viene el cuento... El viernes en la tarde llevé el caballo al río y lo dejé peinado y

brillante, como para que montara una reina:- "Esta vez no se me escapará"- me dije. Y cuando ese sábado, ya el sol de los venados se puso amarillito, me eché la guitarra al hombro: "Ahora va a saber ella quién es este poeta, y porqué tengo la fama que me dan". Y monté el bayo. Aunque iba a lo mío, parecía, esta vez, un aprendiz, lleno de susto. Por el camino curvo, el sol bajito, el caballo parecía otro sol; llamaradas de cobre brotaban de las crines: "Esta vez no me vendrá con chistes de cantos de gallos"- pensé. Pero si tenía que pedirla, como la ley del campo lo manda, pues me rendiré... me llegó la hora... ¿en dónde voy a hallar otra mujer con semejantes ojos redondos y cabello tan largo?... pero si la madre celosa se opone, pues ya voy listo para robármela, hoy mismo, como ladrón de luna, de mariposa, ladrón de lo que sea; al fin, nieto de mi abuelo, que se robó tres mujeres, en un mes..." -razonaba en el camino.

Allá, entre ramas de guabos y ciruelos apareció la lomita verde y la casita blanca de tejas, rodeadas de frijoles gandules y matas de maíz. Adentro, el corazón sonaba como un tambor repicador: pum... pum... Detuve poco a poco el animal; el bayo era ducho en estos negocios y sabía todas mis tretas. Llegué frente a las trancas. Bajé y amarré el potro en un poste de la cerca, sin perder de vista la casita. Adentro ladró un perro. Quité las trancas y entré al jardincillo; del fondo, apareció, en la puerta una señora, junto a su perro.- "Buenas tardes, señora"- saludé yo.

-"Buenas tardes tenga usted, caballero"- respondió la dama. Me acerqué, ojo con el perro; iba tímidamente, como si nunca hubiera hecho otro tanto, en espera de que la muchacha saliera y me sacara del apuro. -"¿Qué, desea joven? -preguntó la doñita.- "Nada, contesté- venía a visitar a su hija a quien presté, el sábado pasado, un capote, después del baile... ¿ no se lo dijo ?"- La señora me miró asombrada- "No puede ser... ¿Usted no se habrá equivocado de casa?".

Entonces entré en duda. ¿acaso metí la pata? ¿era o no ésa la casita blanca de tejas?

Pero no había otra casa, en esa parte del camino, y la lomita estaba, precisamente allí.

-Mire, doña, nosotros bailamos toda la noche; cruzamos palabras de amistad y hasta la traje, en mi caballo, allí, al frente. Ella bajó, allá afuera, entró con mi capote, puesto que llovía, y luego me dijo, despidiéndose, que volviera hoy, este sábado. A eso he venido, y a verla, desde luego"-

La señora medio confundida preguntó:- "Joven, ¿cómo era la muchacha? ¿acaso tenía los ojos redondos y el cabello, así largo, que le daba en las caderas?"

- "Sí, señora" - respondí.

- "Ay, niño, esto no puede ser!... ¿Sabe?... No puede ser, porque yo tuve una hija así, pero ella murió hace diez años. La del cabello largo, joven, es muerta. Sí, a ella le gustaba el baile, cientos de muchachos la perseguían... Mire, allá al otro lado de aquellos mangos, está el cementerio, ¿quiere ir?"-

Y entonces fuimos los dos al pequeño panteón. Aún el sol amarillo alumbraba la sobretarde. Llegamos y adornada con una olorosa parra de jazmín, estaba la modesta tumba. Y sobre ella, el capote que yo le había prestado.

Agosto, 1984.
Santiago de Veraguas.

MIEDO DE VERLA

Mi tocayo y compadre me advirtió que el hermano de María de los Ángeles había apostado, decenas de cervezas, a que me mataría, pasara lo que pasara, diciendo que: "ese mierda no se va a comer a mi hermana".

- Son vainas de borracho.

- Sí, pero es mejor que te cuides- argumentó el compa Juan, porque ese loco es de los Rivera; tú sabes bien lo que son ellos.

Pero mi amor era tan profundo y grandísimo que jamás pensé que las cosas llegaran al tamaño a donde fatal y trágicamente nos condujeron.

La historia fue así: desde el sexto grado de la primaria la quería. El cariño empezó, porque ella era medio brutita en aritmética y yo le hacía meter en la cabeza la forma de sacar el por ciento, lo cual para María de los Ángeles era extremadamente difícil. ¡Maldito por ciento!... allí nació este amor

- Juan, no te metas con esa tipa - me advirtió entonces, mi tocayo Juan Medina. Desde la primaria, él y yo éramos uña y carne, ya que vivíamos en la misma calle, casa de por medio.

- ¿Por qué me dices eso, amigo? - le pregunté.

- Pendejo - contestó - porque ella es rica y tú pobre, tan miserable como yo. Tu madre vende tortillas; la mía lava ropa, pero el papá de María de los Ángeles tiene más plata que el demonio.

- Eso no me importa, pues yo sé trabajar el por ciento, los decimales y los quebrados y ella, la pobrecita, no

- ¿Y para qué te sirve esa vaina?

- Bueno, yo la ayudo en porciento y a calcular el interés... tú sabes que en matemáticas yo soy fiera. Y por eso, ella está caída conmigo.

¡Ah, perro tiempo!... Tenía todo ello tan clarito en la memoria, como si fuera hace una semana. Era el amor. Mas ahora temía verla. Me atrapaba un presentimiento pesaroso que me enfriaba realmente el hígado. Después de tantos años inútiles de puro amor, ahora casi temblaba del temor de hallarla; tal cual era, así frente a mí. Vernos la cara, clavarnos los ojos. ¡Horror! Saber que en realidad no vería otra cosa que un fantasma, peor que yo. Debido a esta angustia no quería regresar al pueblo.

No era cobardía, porque ya lo había demostrado: la muerte no me detenía, pero tal vez se trataba de la otra muerte, su muerte. Es decir, hallarla al fin, verla de cerca, amargamente envejecida, encorvada, con el pelo totalmente blanco, los ojos apagados, escondidos en las cuencas, como una momia andante, apoyada de un bastón, al subir los peldaños del frontis de la iglesia, y acompañada de la vieja negra, empleada de la casona de los Rivera. ¡No! ¡Qué desilución y vergüenza! Yo tenía realmente miedo, pero algo más adentro que la costura de mis años, pese a todo, me empujaba a regresar al solar y verla.

Cuando, al terminar la escuela primaria ella se fue a continuar estudios secundarios, entonces yo comía tierra de la pura cabanga; no lloraba de puro macho, para que el tocayo no se diera cuenta de mi debilidad. Era el amor.

-¿Te das cuenta?- insinuó el tocayo- tu María de los Ángeles se va y tú te quedas, así como yo, con la pata en el suelo y los líquidos diplomas de sexto grado.

La noche antes de irse a la capital sin embargo nos atrevimos a llevarle aquella serenata: "Cuando tú te hayas ido... me envolverán las sombras"... pero no pudimos terminar el pasillo, porque los empleados del patrón nos echaron los perros y huímos con la guitarra vieja, al aire, como dos espantos.

Para esos años mozos mi alegría era esperarla de vuelta, en las vacaciones. Algo me decía, sin embargo que nada iba a deshacer el laberinto de amor que habíamos tejido, número a número, decimal a decimal, y de cuando los domingos, de lejos la veía entrar o salir de la iglesia, con su arrogante familia.

La muchacha daba la visión esplendorosa que me parecía superior a la misma Virgen María. Un Viernes Santo, que hizo de la Virgen, realmente me parecía que era superior, pues mi María tenía los cabellos negrísimos, los ojos como almendras, pero achocolatados, con el tono claro del café que tostaba mi madre; la boca, ni chica ni grande, pero los labios ofrecían acentos de mameyes maduros- digo yo- como mameyes entre rojo y escarlata.

Y no era el amor lo que exageraba su hermosura, sino su real belleza que brotaba de la tierra, con fuerza, como el arroz recién nacido, sembrado, sobre la tierra negra, en abril, cuando las lluvias revientan. Y qué buena gente era la María de los Ángeles, tan tratable y delicada con todo el mundo; nada de engreída ni pedante; el lado opuesto de su padre el patrón, y de sus hermanos tarambanas, mandamases y orgullosos por ser ricos. ¡ Qué supremamente linda!... y ¿cómo no amarla? Pero mi compinche solía decir:- "nosotros somos los pobres diablos del pueblo". En realidad, de nada servía sacar el porciento y el interés de los préstamos.

"¿ Sabes?- me dijo el tocayo - esa pájara voló. Y por aquellos lugares, ya verás que pronto te olvidará por otro"...

Entonces yo le respondía:- "¡Qué va! tú no sabes el porcentaje de su amor."

Y el tocayo no acertó, porque a su regreso, lo primero que hizo la muchacha fue mandarme, con la alcahueta de su empleada, un regalo que recibí en el taller de mecánica en donde trabajaba de aprendíz, un libro de poesías titulado "Las Rimas de Bécquer, y un papelito que decía: "Apréndete esos versos. Te quiero."

Yo convidaba a mi amigo, en las tardes a pasear; íbamos al parque y leíamos a Bécquer. Me aprendí de memoria todas las rimas. Había forrado con papel de manila el librito, para que no se dañara. Y al dormir, lo colocaba debajo de la almohada. El libro olía a ella, y ella siempre olía a jazmín.

Así fue creciendo en el pueblo y el mundo mi amor, mientras me hacía hombre, en tanto que ella terminaba sus estudios secundarios y de vacaciones, en vacaciones corríamos la vida.

Los domingos ella subía los tres peldaños del atrio de la iglesia, y yo, desde la esquina del parque la miraba, comiéndome sus ojos, y ella comiéndome a mí. Papeles iban y papeles venían. Y sólo de cuando en cuando, en algún paseo, entre las aguas de los ríos o detrás de algún árbol cómplice, al descuido de los padres y hermanos, pirateaba un beso aquí, un abrazo allá, cualquier pellizco de amor, cualquier tejo, cualquiera hilachita... En realidad cuando la besaba me pasaba buen rato sin lavarme la boca. Tenía los labios llenos de su vida, traspasados de su amor y de sus encantamientos.

Claro, para entonces yo no era más que el obrero, quien en un destartalado taller arreglaba los pocos automóviles del pueblo, menos los del patrón Rivera y de sus hijos, desde luego, porque no se querían ensuciar con el ladrón de amor de la consentida de la casa grande.

Casi todos en el pueblo sabían que nos amábamos así, a pedazos, como de mentira. Y los muchachos del lugar, especialmente los acomodados o ricos, y elementos muy encumbrados que venían de otros pueblos, hacían todas las piruetas y farolerías del amor; solían buscar a los más famosos casamenteros y alcahuetas para cazar a la encantada, hermosa y riquísima María de los Ángeles, pero nada hacía caer a la muchacha en la tentación de abandonar el amor del porciento y de los quebrados, porque ya las raíces estaban muy hondas en las entrañas de los nervios y la sangre noble de su perfecta hermosura de mujer, desde los días cariñosos de las bancas escolares.

- Pero si la vaina es como tú dices - cuestionaba mi tocayo - ¿por qué no te la robas... y punto?

- También lo he pensado.

- ¿Y entonces?

- Tengo miedo de ir más allá de donde ella quiere las cosas.

- Tú eres bien pendejo, mi amigo. Si la muchacha te ha dado pruebas de que te quiere, hará lo que tú digas, a menos que te dejes mandar, por ella, como si fueras una gallina. Sácala por la ventana. Yo te ayudo. La mujer robada sabe mejor, y además, préñala rápido, mano, que los viejos cuando ven los nietos se ahuevan.

- Todo se hará, como siempre lo hemos hecho, de acuerdo los dos. Es el destino. María de los Angeles teme a su padre y más a sus hermanos, y dice que más por mí, que por ella. Es tan grande el amor...

- Tonterías hombre... huevadas tuyas. Yo me saqué a la mía y allí estamos. Ya tengo dos hijos; el primero, tu ahijado, ¿y tú qué esperas? Te va a dejar el tren y la pasajera.

- Aquí no hay trenes. Tu caso fue distinto.

- Claro, mi mujer no es la hija del potentado y dueño del pueblo.

- No es tal cosa, ni siquiera eso yo lo entendía cuando le enseñaba cómo sacar el porciento en aquellos salones de la escuelita. No ando detrás de herencias, sino de amor.

Y así, en ese tenor, un día el tocayo supo que el patrón, para alejar a su hija del peligro, la enviaba a los Estados Unidos, para que se hiciera médica, doctora.

- ¿Viste? allí lo tienes - le dijo a Juan... ¿Qué te dije? Ahora se la va a comer cualquier gringo pecoso.

- ¡No jodas, compadre! Ese será mi problema. Ella me lo había contado ya. Volverá y la esperaré como siempre.

- Oye, compadre, tú si no tienes vainas... ¿no? Estás verdaderamente embrujado.

- Incluso, para que sepas, hablé con el cura, él me dio aliento y me prometió que nos casará cuando regrese, tal como debe ser. Nos ayudará con el patrón.

- Pendejadas... oye... a la hora de la hora, por muy bueno que sea el cura, ¿crees que se colocará al lado tuyo y no del patrón, quien toda la vida lo ha tenido en su equipo? Pues sigue rezándole a la Virgen y no subas al palo, a ver si no te coge el toro.

- Creo en ella, sobre todas las cosas.

- ¿Sobre dios y todos los santos?

- Sí...

- ¿Te volviste hereje? ¿Estás loco de amor?

- Sí. Y te digo que la esperaré, porque sus ojos no me van a engañar, ni habrá ningún gringo desgraciado que me la pueda quitar.

- Tú, compadre, no sabes en qué mundo vives.

- Yo vivo en su mundo y ella en el mío, y aunque no estamos en la misma casa, vivimos juntos cada noche, como aquellas estrellas, allá arriba, juntitas... ¿las ves?

- Juzgas las apariencias como si fueran realidades. Bien sabes que las estrellas no están juntas, pues entre ellas hay millones de kilómetros, un porcentaje bárbaro de distancias...

Yo conté los días, luego dividí el tiempo en semanas, y así, en meses. Con cartones de las tiendas y alambres de cobre empasté el paquete de cartas que recibía de la médica y volvía a leerlas muchas veces. Ella en sus estudios, yo en el taller. Entre los dos, según mi tocayo, el mundo de las distancias y a veces de las soledades nos iba a separar definitivamente... "¿sería posible?".

Solía ir a la misma esquina del parque los domingos; me parecía verla subir los tres peldaños de la iglesia, con su empleada.

Sin embargo, para aquellos días, mi santa madre murió y yo quedé más solo. Antes de morir ella me dijo:- "Hijo, espérala. Yo sé que será eternamente tuya"- y se murió. Pero, en fin, a veces, pensaba que todo sería irremediablemente doloroso y que el llanto

sería perpetuo... tal vez era la influencia que sobre mí ejercía mi compadre. Tales dudas me surgieron a raíz de la muerte de mi madre. Ella se había ido , pero en fin, la otra regresaría.

Y aunque los años iban poniendo en mí las marcas del tiempo, y yo no era ni el muchacho de las tareas escolares, ni el joven que la esperara en las vacaciones, de sus estudios secundarios; unos veinticinco o treinta años no eran, a fin de cuentas nada, comparados con los días del universo.

Y entonces ocurrió lo que tenía que pasar.

Me contó la empleada que a su regreso, al llegar con el título de doctora en medicina, la esperada María de los Ángeles, su padre le hizo la gran fiesta de bienvenida, para lo cual trajeron una orquesta de la capital; hubo tres terneras muertas y más de diez lechones asados, amén de pavos, gallinas y toda clase de licores. Allí estuvieron las familias más distinguidas de la sociedad ganadera, y hasta los pretendientes de otras provincias, que aspiraban a colocar el anillo matrimonial en los dedos de la doctora que regresaba de los Estados Unidos.

Dijo la empleada que el cura aprovechó un momento en que el patrón parecía más eufórico y creyéndolo accecible le dijo al oído, tras de felicitarlo, que a su juicio de religioso y amigo íntimo suyo, sería necesario darle forma al matrimonio de su hija linda y ahora doctora.- "¿ Y con quién ?"- preguntó el patrón.- "- Pues usted debe estar bien enterado de las intimidades de la niña"- agregó el cura.--" ¿Entonces, señor cura, me quiere usted sugerir a ese pelagato del mecánico? Que le entregue a mi única y linda hija, una de mis herederas, a quien he mandado a estudiar a los Estados Unidos, gastando un montón de dólares... ¡Qué barbaridad!...

No pensaba amigo padre, que su sensiblería cristiana lo llevara a proponerme tan ridícula cuestión. Permiso... y ¿sabe? no quisiera verlo en mucho tiempo por mi casa."

Tal asunto lo comentó esa misma noche, según la empleada- el patrón con el resto de la familia, como un irrespeto del cura, precisamente en la noche de la fiesta.

Al día siguiente, desde tempranas horas de la madrugada el bochinche recorría el pueblo, sobre todo, de banco en banco de verdura y expendio de carne en el mercado municipal.

- ¿Estás dispuesta? - le pregunté entonces a la doctora, en una clandestina cita, luego de lo ocurrido en la fiesta, lo cual era conocido en sus detalles por María de los Ángeles.

- Ya te lo había jurado el día en que me fui. Y el señor cura, a pesar de lo ocurrido con mi papá, me dijo que nos casará, porque ese es su deber.

- ¿Pase lo que pase?- le pregunté.
- Pase lo que pase, mi amor.
Entonces me besó, luego echó a llorar cortito y gimiendo me susurraba: - "Mi amor, pase lo que pase, ahora yo te voy a entregar todo el porcentaje de mi amor; todo lo mío será tuyo, como siempre ha sido".
Pero ella no sabía que después de la gran fiesta el patrón llamó, al día siguiente, a sus dos hijos.
- ¿No saben para que los he requerido hoy?
- No padre - dijo el mayor - pero usted diga y mande.
- Muy sencillo - he aguantado, por no herir a María de los Angeles, por muchos años, esos amoríos, que la gente dice que hay entre ella y el pelagato mecánico llamado Juan. Pero ya saben lo que sucedió con el cura el día de la fiesta, y a mí, a un Rivera como yo, no se le hace tal afrenta. Nada le he dicho ni a la madre de ustedes y menos a la María de los Ángeles, pero hay una cosa simple. Debemos acabar a ese hombre, porque los chanchos no comen

margaritas. Y no nos queda otra salida, porque según el cura, María de los Ángeles está decidida a entregarse a ese pobre diablo, pase lo que pase.

- Así hay que actuar, padre - dijo el hijo mayor, tenemos que proceder, a lo Rivera.

- La cosa es decidir ahora quién de ustedes dos cumplirá el mandado.

- Yo, padre - se adelantó el muchacho más joven.

- No - dijo el mayor - me toca a mi, pues ya lo he apostado varias veces. Los marranos no comen margaritas.

- Yo había pensado rifarlo, pero será como tú dices, a lo macho, a lo Rivera; pues eres nieto de tu abuelo. Y nada te pasará... Ustedes lo saben, ni un día de cárcel.

Luego de lo sucedido en la fiesta entre el cura y el patrón, ya presentía yo que buscarían la forma de salir de mi. Me matarían, para seguir el camino de los Rivera que trazó el abuelo con otro caso parecido. No me aguaitarían, ni me caerían en pandilla; sería a lo macho. El muchacho mayor dominaba mejor que el otro las armas. Decían que el revólver 38. Yo no tenía arma de fuego, sino la cuchilla, que me servía en el trabajo para cortar alambres del sistema eléctrico de los carros. Afilé hasta cuando el filo bajaba vellos, mientras preparaba la fuga con María de los Angeles.

Mi compadre me buscaba un caballo, en un campo vecino.

- Mira, compadre, te advierto que si el patrón intenta matarme, yo voy a enfrentar a cualquiera que venga en ese camino.

- Déjate de vainas, compadre.-

¿ Ahora te ahuevas tú ?

- No es ninguna pendejada, compa; pero meterte en líos de muerte y con los Rivera, por una mujer... es una verdadera carajada, sin sentido. ¡Coño! ... allí está la prima de mi mujer, bien guapa, tú lo sabes, muerta por tí, y tú matándote por otra huevona.

- Tu cuñada es hermosa y trabajadora, lo sé, pero lo mío, lo he levantado piedra a piedra, como lo sabes; todo está de mi lado y me la voy a jugar. Llegó la hora de presentar examen final.

- ¿Del por ciento ?

- De lo mismo y un jeme más.

Y llegó aquella mañana agrisada en el pueblo. Iba yo para el taller, por el callejoncito de las monjas, aquel de muros verdosos y piso de piedras. El apareció allá en el fondo, como el muchacho de una película de vaquero. No había manera de esquivar el combate. Yo apreté la cuchilla, hundí el botón, saltó la afilada hoja. El apuntó el 38 y disparó... me jugué el primer tiro, o lo erró. Volvió a disparar, mientras nos encimábamos, tal era su odio y fiereza que le temblaba la mano. No dio en mí. Mala suerte para él. Volvió a montar, quiso quiñar, pero no quiñó... El arma se le había encasquillado... - "Infeliz... es mío" - me dije.

- No lo mates, Juancito... no lo mates - gritaba, desde una ventana una voz del vecindario.

El muchacho, valiente, cual era, sacó rápidamente un puñal.

Era mejor así, como en los buenos tiempos, a lo parejo, filo a filo. La voz dejó de gritar y cundió un silencio aplastador. En eso, me entró un fuego por las arterias que me llegó a los ojos, y por un instante sentí que era un gigante imbatible. El hizo un desgarbado envión... Yo le lancé una poderosa patada con mi fuerza de mecánico y de gigante. Cayó de bruces y se le fue el puñal de la mano.

- ¡No lo mates Juancito!... por dios... no se maten muchachos! - volvieron las voces de varias partes.

- Párate, desgraciado- le grité al caído.

Se levantó y con la velocidad de un tigre o de un rayo le sajé el cuello; quiso desdoblarse y seguí zampándole, con un odio increible y barbárico la navaja, sin contención, hasta cuando se me desgajó como una libra de mondongo de la mano.

En eso, ya alguna gente me agarraba. Llegaron policías y empezaron a apalearme; la sangre me corría por el rostro. El gentío asombrado veía el forcejeo feroz con los guardias que me conducían al cuartel, pasando por el parque, frente a la iglesia, y por la esquina en donde siempre acostumbraba a esperar a María de los Ángeles, tan sólo para mirarla.

Sucedió, pues, lo que tenía que pasar.

Varios meses después iba en un barco, hacia la Isla Penal de Coiba a pasar veinte años de prisión.

En la primera carta que recibí de mi compadre él decía: "supe que el hijo más chico del patrón, manifestó, borracho, en la cantina, que te va a matar, el mismo día que salgas de Coiba".

Luego de un año en el penal llegó una carta del tocayo: «Sabrás que la empleada vino a mi casa y me dijo:- "Cuéntele que dice ella, mi patroncita, la doctora, que vuelva a leer las Rimas de Bécquer. Y que no le escribe, porque ya en medio de todo hay un hermano muerto. Pero también le manda a decir que si ella no se casó con él, pues se quedará eternamente así, soltera, hasta cuando se la coman los puercos de la muerte".

Pero, bueno, no me mataron.

Parece mentira, veinte años no son casi nada, porque yo en la Isla Penal iba sembrando el amor en cada ceja de tierra, sobre la cual me hacían trabajar, para que así, de seis a seis pagara el crimen.

- ¿ Es verdad- me preguntó un guardia- que tú mataste a un hombre por el amor de una mujer?

- Sí.

- ¡ Puta !... ésa si es la verraquera. Yo no creo en el amor.

- Si no mataba, me mataban, era lo mismo.

- ¿Pero por una mujer ?

Me alimentaba mi tocayo con una que otra carta, al pasar uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete ocho, nueve, diez años: - "Allí está. La vieras, siempre los domingos con su empleada, sube los tres escalones del atrio de la iglesia. Pero no tienes idea, compadre, se ha puesto viejísima. La gente dice que envejece con más rapidez que el resto de los mortales. Mi mujer opina que es la misma cabanga, la dolencia y el amor.

Aunque perdiste, creo que me ganaste, respecto de lo que me decías de la clase de amor de esa mujer. Pero cuídate de las culebras y pórtate bien. No te fíes de nadie, no sea que los Rivera paguen a cualquiera para que te maten allá o te apliquen la ley de fuga, pues el patrón y su hijo siguen diciendo que te han de matar, que eso no se va a quedar así. El ahijado ya está grandísimo, anda en el quinto grado y tiene problemas con la aritmética."

Con el tiempo, y en respuesta a cartas mías, mi tocayo y compadre me hacía algunas letras, como siempre llenas de faltas de ortografías, para decirme que lo mejor para mí era olvidar todo lo ocurrido y que al salir de la cárcel tomara un barco y me hiciera vaporino : - "Te repito que no vuelvas por estos rumbos, por dos cosas : una, que los Rivera han dicho que te van a matar y lo harán, y ellos no irían a Coiba; otra, ¿ ya para qué volver si esa mujer está vuelta añicos? Dicen en el pueblo que le ha caído como un cáncer en la piel o los huesos. No sé cuál es la enfermedad, pero las gentes dicen. No la conoces, se ha vuelto huesos y pellejos arrugados; la cara, totalmente deformada con hinchazones. Ella, al salir a misa, único sitio a donde va, se cubre totalmente el rostro con la chalina negra, para que no la vean.

Ha envejecido una barbaridad. ¿Sabes cómo la llaman? La fantasma de la calle de los ñopos... ¡ Pobre mujer ! Entonces, ¿para qué quieres volver aquí? ¿ Para que te maten por una fantasma?"

Luego de esa carta, pasaron años, y casi todo el mundo me olvidó, hasta mi compadre perdió la cuenta de los días y los años. Yo no. En la solera del ranchito en donde vivía, estaban todas las rayas de los meses y años, y una desesperación me fue entrando cuando ya sólo me faltaban unos días.

Así fue, y al fin salí... la libertad ansiada y temida... Un domingo desembarqué, me llevaron a la Cárcel Modelo, y luego me echaron a la calle. Pagué lo hecho, sobradamente, y me parecía regresar más limpio que cuando me parió mi madre. Sin embargo, entonces me entró un miedo. Fue cuando ya, con un saco de cosas, en un hotelucho de la capital, sin poder cuajar el sueño, una noche pasé las horas con el miedo, sin dormir. ¿Cuál miedo? Si yo no le tenía realmente miedo a nada... pues el miedo de verla. Me fue subiendo como una resbalosa sierpe fría, hasta azocarme el cuello. Era el miedo de verla, con su amor a cuestas y sus achaques, su acelerada caducidad de mujer, su fantasmagórica presencia, según las cartas de mi amigo.

Y así, sin regresar todavía al pueblo, porque allí me esperaban, ciertamente para matarme, estuve un tiempo de trabajo en trabajo; entonces, ya no como el toro esperanzado que salía de la prisión, sino como el toro sin esperanza que era conducido al matadero.

¿Me estaba muriendo, acaso? Sin embargo, cualquier cosa pasaba en esta vida. Cuando menos se esperaba, recibí la noticia que de muerte natural había fallecido el patriarca de los Rivera; y meses después, en un accidente de carro, halló la muerte, también el hijo del patrón quien me esperaba para matarme. Había concluido allí el ciclo vital de la familia Rivera. Sólo quedaba "la fantasma" de la calle de los ñopos, o sea, de los blancos y poderosos del poblado.

En esta ruta, echándome media botella de seco, tomé el autobús y dispuse regresar al pueblo y someterme, amor por medio, ante los ojos de todo el mundo, que ese día estaría reunido en el atrio de la iglesia para ver el espectáculo. La enfrentaría y le diría limpiamente: - "Aquí he venido; toma el anillo de concha de tortuga de carey que te labré en la isla para que con él, engarzado en tu dedo, la vida y la muerte nos lleven juntos a la tumba, como tiene que ser el amor verdadero".. pero confieso, tenía miedo de verla, pese a todo... muchísimo miedo.

Aquel sábado, en la tardecita de junio, el sol anegado de un ocaso amarillo, sobre la torre blanca, tenía cierta tristeza. La campana sonaba lentamente para el rosario, desgranando lamentos. Y aunque ya mi compadre había hecho saber que yo había salido de la Isla Penal y que regresaría al pueblo, nadie me conoció. También yo era el fantasma, el de la calle de los artesanos. Amaneció el domingo, luego de un café, me eché la otra mitad de la botella de seco a la garganta y como si fuera a resolver otro pleito de muerte adelanté pasos hacia el callejón por donde ella solía caminar hacia la iglesia. En realidad, el corazón me latía como un potro sin amansar. Tenía la misma sensación de cuando en el otro callejón apareció el hermano y yo empuñé la cuchilla, porque nos íbamos a matar. La misma cosa... Caminé lentamente. Vi salir del corredor de la casona de los Rivera dos bultos. Claro, ya no veía yo muy bien, pero era ella, encorvada con una chalina negra que le cubría el rostro, como me la describía mi compadre en sus cartas. La chalina impedía que la gente se fijara en su rugosa cara y su alma de fantasma.

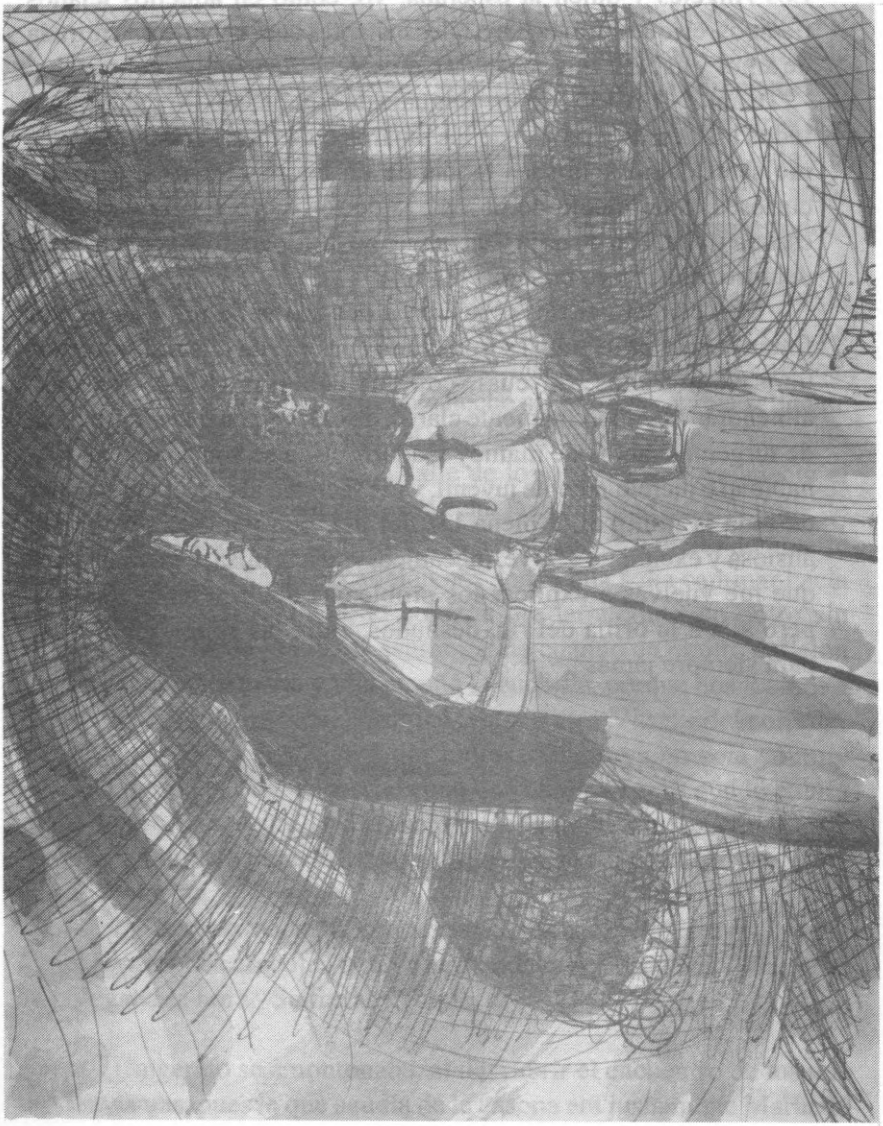
Iba despacito y temblorosa, con un rosario en las manos. ¿Sería el rosario de caracoles que yo le mandé con mi tocayo ? Era ella. Llegaba la hora. Se fue acercando.

Un gentío se amontonaba, al descubrir el encuentro de los dos fantasmas, pues la que acudía de la casona era justamente María de

Los Ángeles y quien la esperaba, yo, como en aquellos lejanos tiempos, en que aprovechaba tales instantes para echarle una mirada de amor y hacerle una seña: -"Te quiero... Ella también contestaba: - "Te amo"- Lo decía en un lenguaje de signos inextrincables para todos los demás y propio de los pájaros o de mariposas. Entonces me sentí como sobre las tablas de un teatro inmenso, lleno de curiosos, o en medio de una plaza de toros; yo con la capa y la espada y ella, con un traje y un manto de luto, para recoger la muerte del toro, que era yo mismo.

Mas cuando, al fin, se acercó a dos pasos de mí y abrió con finura la chalina negra, vi sorprendido que era ella misma, de apenas unos veinte años, tal cual, con sus cabellos largos, los ojos almendrados y supremamente claros, de café recién tostado, su boca de turgentes labios de mamey maduro. Ella se sonrió con su risa habitual e increiblemente juvenil, y me secreteó al oído, pero delante de toda la multitud, a plena luz del día, con una voz levemente ansiosa y excitante: _"Oye, mecánico, voy a la misa; espérame para que me vuelvas a explicar los problemas del porciento, ¿sabes? pero allá a la orilla del río, desnudos, entre las aguas, amor mío, para siempre jamás".

Santiago de Veraguas, octubre 1956.



EL EXTRAÑO SUCESO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN UN PUEBLO DE PANAMÁ

Juancito Pérez, el hijo de Juanchón Pérez, así llamado, porque era un hombre tamaño grande, vivía en la curva y estrecha callejuela de los artesanos. Y dicen que Juancito quería ser marinero, aunque nunca había visto el mar, sino en fotografías y a través de los puros cuentos de su tío quien fue marino, pero al que nunca llegó a ver, pues jamás regresó al poblado después que un día, en un barco griego atravesó el Canal... y ¡quién sabe!.. a qué parte del mundo fue a dejar su viaje de huesos. Tarjetas del tío marinero, tardíamente, llegaban de Nueva York, Tokío, Roma, Shangai, Hamburgo...

Eso de ser marino - decía su madre- era una locura del hijo, y menos ahora cuando había guerra mundial, y a los marineros los hundían los submarinos alemanes y japoneses. ¡Qué necedad! ... andarse en busca de muertes ajenas y lejanas, y sobre todo, en las mares, que además, serían muertes bien oceánicas y tremendamente solas, sin socorro, ni padrenuestros.. Muertes, desde luego, supremamente tristes, en otros idiomas y religiones que nadie entendía.

La primera vez que Juancito, el hijo de Juanchón, fue a la capital del país, se quedó boquiabierto al pasar en un ferry el famoso Canal de Panamá, y le parecía imposible que los autos y camiones fueran navegando dentro de un transbordador de ese tipo, manejado por un gringo, y después miró la entrada del Canal, llena y en fila india, de enormes barcos trasatlánticos. Era de noche y aquello daba la impresión de un cielo con lunas cuadriláteras, faroles y fuegos fatuos

Pero aquel viaje lo hizo Juancito antes de la guerra, pues durante la misma, todo estaba apagado de noche bajo el "black out» ordenado por el ejército norteamericano, ya que según ellos, los japoneses de Hirohito iban a volar el famoso Canal.

Pero desde aquel viaje maldito a la capital canalera- de eso se quejaba ahora la madre- le entró al muchacho eso de ser marino y andar de arriba a abajo de los continentes y de los puertos, según él, conociendo mundo, ciudades, mujeres y lenguas extranjeras.

Ya sabía decir algunas palabras en inglés: "guajapin, okey, tenquiu y sanamabich"... las que aprendió en el taller de mecánica, en donde había un muchacho negro, venido de afuera, y quien las conocía de nacimiento, porque dizque era de origen jamaicano. El muchacho, chombo como le dicen, le aconsejaba a Juancito, que no comiera del cuento, ni cogiera chance con los gringos; que se dejara de ilusiones y pendejadas; que le hiciera caso a su madre y aprendiera chapistería, pues eso daba plata, ya que los choferes eran locos y estrellaban los carros, en su locura de querer tener, de todos modos un automóvil, aunque fuese de fiado, de tercera mano, y tuvieran, para ello, que dejar de comer.

Y la chapistería pagaba, en ese pueblito, a orillas de la vía interamericana, ahora llena de convoyes norteamericanos, de comandos gringos, de soldados rubios que iban y venían, borrachos, camuflajados, hasta los talones y con mallas, englobándoles el rostro y la cabeza, como pequeños mosquiteros, para que los bichos no los picaran y transmitieran la malaria o la fiebre amarilla.

Pues sí, había venido la guerra y por las radioemisoras se escuchaba sobre las matanzas de rusos, franceses, alemanes, norteamericanos, japoneses, ingleses...

Todos esos muertos se acababan por culpa, primero, de un tal Benito Mussolini, persona engreida, con tremenda quijada de banqueta , italiano y fantasioso, inventor del fascismo, y segundo, un alemán, con cierto aire de lechón con susto, y quien llevaba un pedacito de bozo, cual una mosca sobre una taza de avena; este se titulaba Hitler, el führer. Según Juanchón que discutía de política y de guerra en la cantina, detrás de estos demonios tiraban los hilos los señores del grandísimo capital, ansiosos de repartirse, nuevamente el mundo.

Pero claro, la guerra se daba allá, bien lejos y los muertos y los bombardeos y demás escaramuzas, llegaban al pueblo en las radioemisoras preñadas de ruidos y chiflidos de la estática, que la gente fantástica, al escucharlos, confundía con los tiroteos.

Y pese a tan grande guerra mundial, Juancito quería irse del poblado, para meterse a marino, en la capital, en los puertos canaleros, por esos mares, a rodar océanos...

-Pero muchacho turulato- le recriminaba la vieja madre- no ves que la guerra te va a matar?

-Mamá, la guerra está lejísimo -contestaba el hijo, no sin respeto- eso no llega por este lado.

-Ajá- respondía la señora- y no oyes a tu padre hablar de que este país está cundido de gringos? ¿Y acaso eso no es ya la guerra?

La primera versión de la segunda guerra mundial que tuvo el pueblito, o sea, en realidad, la primera baja de la aldea consistió en el pobre y desgraciado barbero, a quien todo el mundo quería, por su gran cortesía de japonés, su dulzura y dedicación al oficio, y además porque se había juntado con una mujer del lugar y tenían once japonesitos.

El suceso del japonés lo observó toda la comunidad asustada y perpleja, en la placita, cuando un comando gringo, llegó con los arreos y pitos de combate, junto a un pelotón de la policía local, y acompañados del personero municipal. Rodearon, con gran despliegue bélico la barbería y sin más acá ni más allá, los muy carajos sacaron al japonés del negocio:- "¡Goejed!...- gritaba un soldado en su habla.

El infortunado japonés iba con las manos arriba de la cabeza, igualito a un bandido del oeste, sin comprender absolutamente nada. Llevaba el barbero un talante pálido, de muerto andante y sorprendido como un pavo en nochebuena. En la cantina de enfrente se apiñó la gente que no entendía ni jota, pues había incluso, quienes ignoraban el peligro de la guerra mundial que amenazaba al caserío, pues todo acá estaba colmado de paz, así como de aire, sol, de aguaceros y también de flores y pajaritos del monte, y nada más.

- ¡Gringos de mierda!.. ¡hijos de su madre!... suelten a mi compadre, el barbero - gritó en la cantina un borrachito. Y el cantinero, que al parecer tenía mayor información sobre la situación internacional advirtió al protestante, en baja voz.- "Déjate de vainas, pues esos soldados no creen en nadie y te van a mandar para la Sin-Sin"...

Mas fue por gusto la queja, porque se llevaron al barbero muy bárbaramente. La mujer, con sus chiquillos quedaron llorando como una docena de ángeles derrotados, sin comprender absolutamente nada, de modo que la guerra llegó ese día, y la prueba eran los marinos yanquis, con sus formidables fusiles y ametralladoras, jamás nunca vista en el lugar.

En el mercado y el parque se habló, sin que nadie lo creyera, de que al infortunado japonés, así como a un italiano que vendía joyas, se los habían llevado los gringos, a un campo de concentración que

el ejército norteamericano tenía en la Zona del Canal. Del japonés, el personero dijo ese domingo en la gallera, que era espía del Emperador Hirohito, y lo cazaron aquel día "H", porque los japoneses habían atacado a los gringos en Pearl Harbor, y ya la guerra venía llegando a Panamá.

-¿No te lo digo?- expresó la madre de Juancito - y tú con las pamplinas de aprender marinerías, ¿no? Te va a llevar, óyelo bien, la misma muerte. Pobre mujer, la del barbero, y el montón de criaturas abandonadas... ¡Ay!... la guerra... ¿Y eso quieres tú? ¿Dejar a tu padre y a tu madre para que se mueran de hambre y de angustia ?... ¿Y qué puedes ganar en esa guerra junto a los gringos? ¿No has oído a tu padre hablar de lo malo que son los gringos? ¿Cuándo supiste que las guerras han servido para algo bueno?

Pero Juanito quería ser marinero y si la guerra lo atrapaba, ésa era su suerte, porque de todos modos había que acabar con los desgraciados nazis... eso decía el muchacho.

Pero la segunda versión de la guerra fue todavía más interesante. El pueblito quedaba como a doscientos setenticinco kilómetros del Canal interoceánico. Era un lugarejo típico con sus diez calles, la plaza, la iglesia blanca, con algunas palomas azules, en el campanario; las pequeñas tiendas de chinos y árabes y dos o tres talleres de poca monta.

Pueblo sumamente campesino y lleno de paz y de lodo, sobre todo la calle de los artesanos. Callejones con gatos y perros populares, deposiciones de caballos, boñigas de vacas y las constantes rumias nocturnas que hacían las arrieras y el chivo del alcalde en los jardines de las casitas blancas.

La calle en la cual vivía la familia Pérez era curva, estrecha y larga, pero todo se sabía con sólo abrir una ventana. Después del espectáculo del japonés no pasó nada extraordinario, salvo el cruce de los convoyes gringos por la carretera interamericana, sus borracheras en las cantinas y la violación de la hija de Antonia Caracucha, por un sargento primero, que fue sacado por el comando gringo del poblado, sin ser llevado a la justicia, porque según ellos, era la guerra, y sus pobres muchachos iban a morir allá en el Pacífico asiático.

Pero ocurrió un hecho que, en cierta medida, apartó a las gentes de los efectos de la guerra. Fue la llegada de la hija de Dorotea García, la Lola, quien vino acompañada de su nuevo marido, un joven muy galano, blanco y alto él; extranjero, al parecer argentino, por su modo de rasguear las palabras. Cuando en los sitios de encuentros y reuniones del arrabal se supo que había llegado al pueblo un argentino, las gentes corrieron a verlo, ya que en aquel pueblo, como en otros, Gardel era tan querido... y había no pocos Carlos Gardel, criollos que en veladas, serenatas o cantinas cantaban tangos: "Mi Buenos Aires querido, "Cuesta Abajo» y el bello poema: "El día que me quieras"...

De modo que el argentino, el che, cayó muy bien en la calle de los artesanos y en la placita, además, porque la Lola era la Lola, y ella sabía meter el mundo en un saco, porque claro... ¿recuerdan quién era Lola?... Decían que fue la muchacha más bella, la reina más sexy del carnaval, y a quien casi excomulga el padre Tolentino Bergas, porque en la madrugada del martes de carnaval, luego de una disputa entre ella, la reina, y una tal Juanita, a la cual le decían Juanita Tetas, y quien era, esa vez, la princesa, por cuestiones de mujeres, la reina Lola, desafiada por la princesa, se quitó el corpiño, el brasier y le mostró a todo el mundo, sus abundantes y erectos senos, que no tenían comparación en el pequeño universo de aquel pueblito... aquello fue -como dijeron las gentes- una cosa del carajo...

Y esa era Lola. Después se habló de Lola, cuando huyó del poblado, con un supuesto médico colombiano, quien luego, se supo, no era tal facultativo, pero doctor le decían. Y meses más tarde cuando el doctor la dejó y ella se metió con un hombre ajeno, lo peor fue que, finalmente, abandonara el pueblo, y según las malas lenguas, se hubiera metido a mujer de la vida.

Su familia negó ese chisme y dijo que, en realidad la Lola, trabajaba de mesera en una cantina honorable de la capital del país.

En ese laborar, tuvo la suerte de agarrar al argentino, y a la semana contrajo matrimonio por civil, con el sureño. Pronto se supo que el hombre, además de argentino, solía cantar tangos.

Ello quedó demostrado en una cantina de la placita, cuando se hizo conocer.

- Oiga amigo - le dijo un marchante- ¿ se toma una cerveza ?

- Che, ¡como no !... te lo agradezco.

- Dígame - preguntó el oferente, al traerle la botella - ¿y usted, de seguro sabe cantar tangos?... aquí todos somos gardelistas.

- Cómo no - respondió el argentino - busquenmé una guitarra.

Y ese domingo, la cantina se convirtió en una verdadera tanguería.

El hombre tenía buena voz.

Después vinieron los comentarios: que el marido de la Lola, cantaba tangos, a veces como Gardel y otras, como Agustín Irusta; que era de profesión radiotécnico, y un tipo bien clase, que resultaba una verdadera ganancia para el pueblo.

Más tarde, se le vio participar en veladas escolares, incluso vestido de gaucho, con ropas confeccionadas por la suegra, con unos trapos y botas parecidas a la de los gauchos de la pampa argentina.

Y la cosa fue que al pasar dos años de la guerra mundial, los nazis, pese a las amenazas de Hitler, de acabar en seis semanas con la Rusia europea, no podían con los soldados de Stalin. Los gringos apresuraron las construcciones de instalaciones y casas para soldados y mejoras en el Canal. Entonces, las gentes del interior del país empezaron a emigrar, masivamente a la capital y fue cuando Juancito le planteó a su madre que ya tenía dieciocho años y quería irse también, a buscar trabajo.

-Pero muchacho - le respondía la doña - yo sé que buscas meterte a marinero, para que te maten en la guerra; déjate de necedades, hijo, mira cómo matan a los rusos; eso sale todos los días por ese radio que tengo allí.

Pero la juventud del campo corría a las obras del Canal y de las bases militares gringas, que en el pequeño país había más de cien, y algunos muchachos regresaban a fin de mes, con muchos dólares, y echando piquete con pantalones nuevos y zapatos «black and white» - Si tú quieres plata - decía la madre de Juancito - ¿ por qué no te la ganas en el taller de mecánica; métete a eso que llaman chapistero, que según me han dicho paga bien, sin tener que matar a nadie.

Y en ese trajín estaban cuando sucedió la otra cuestión de la segunda guerra mundial en el pueblo.

La cosa fue así: la Lola berreaba, como una ternera, a grito suelto; casi se volvía loca. Su madre, la costurera del lugar, que había hecho el vestido de gaucho de "Gardel» sintió que se le bajaba súbitamente la presión y estaba transparente y fría.

Pronto, el gentío llegó frente a la casa de la Lola. A "Gardel" el radiotécnico argentino, dos MP (Policía Militar norteamericana) lo tenían atado y luego a patadas, lo metieron en un carro comando; policías criollos, con más miedo que valor, apuntaban con sus viejos chopos contra el pobre gaucho maniatado. Otros pesquisas y soldados gringos, como Pedro por su casa, revolvían los papeles,